

ces dijeles: ¿Á qué me miráis así, puestas unas de una banda y otras de otra, como escuadrón que está puesto por sus hileras? De arte que se presupone que se volvió á ellas, y que se dividieron en dos partes para vella mejor. Y llámalas escuadrón porque eran muchas, y coro por estar así divididas. Lo que cuenta habelles respondido, se cuenta en el capítulo que se sigue, que es la mayor parte de él.

CAPÍTULO VIII.

ESPOSA.

- 1 ¿Qué miráis en la Solimitana, sino coros de escuadrones? ¡Cuán lindos son tus pasos con el calzado, hija del Príncipe! los cercos de tus muslos como ajorcas labradas de mano de maestro.
- 2 Tu ombligo como taza de luna que está vacía. Tu vientre como montón de trigo cercado de violetas.
- 3 Los dos pechos tuyos como dos cabritos mellizos de una cabra.
- 4 El tu cuello como torre de marfil. Tus ojos como estanques de Esebón, junto á la puerta de Barrabín. Tu nariz como la torre del Líbano, que mira frontera de Damasco.
- 5 La cabeza tuya sobre ti como el Carmelo; la madeja de tu cabeza como la púrpura, el rey atado en las canales.
- 6 ¡Cuánto te alindaste! cuánto te enmelaste, amada, en los deleites!
- 7 Esta tu disposición semejante es á la palma, y tus pechos á los racimos.
- 8 Dije: Yo subiré á la palma y asiré sus racimos, y serán tus pechos como los racimos de la vid, y el aliento de tu boca como el olor de los manzanos.
- 9 El tu paladar, como vino bueno que va á mi amado á las derechas, hace hablar con labios de dormientes.
- 10 Yo soy de mi amado, y su deseo á mí.

11 Ven, amado mío, salgamos al campo, moremos en las granjas.

12 Levantémonos de mañana á las viñas, veamos si florece la vid, si se descubre la menuda uva, si brotan los granados; allí te daré mis amores.

13 Las mandrágoras si dan olor; que todos los dulces frutos, así los nuevos como los viejos, amado mío, los guarde para ti.

COMENTO.

«¿Qué miráis en la Solimitana, etc.?» Véase su explicación á fines del capítulo antecedente.

«Cuán lindos son tus pasos.» Prosigue en su cuenta la esposa, y dice á su esposo que, como las dueñas se llegaron á que se detuviese un poco, que volvió á ellas; y ella por su ruego les volvió la cara, preguntándoles qué era lo que de ella querían, y la causa por qué la miraban así. Ellas, como dando razón de la justa demanda y de su ardiente deseo, comenzaron á loar con gran particularidad y encarecimiento su gracia y gentileza, refiriendo todas sus perfecciones por menudo, desde la mayor hasta la menor. Lo cual debe responder á la admiración de la hermosura que pusieron, y los loores que la gente del pueblo le dió cuando, viniendo de Egipto, entró en Jerusalén la primera vez. Pues comienza de los piés, cuya ligereza y presteza acaba de ver entonces, y va hasta la cabeza, por ir á lo mayor de lo menor, que es galana manera de loar; y así dice:

«¡Cuán lindos son tus piés en tu calzado, hija de príncipe!» Loan el buen aire y movimiento del pié bien hecho y calzado justo, y que venía como nacido á la esposa. Y dicho en forma de admiración, quiere decir que eran extremadamente bellos, y no así como quiera, «hija del Prín-

cipe,» es decir, princesa; que, demás de convenirle por su linaje y estado, es nombre que en común uso se da á todos los que loamos de alguna excelencia. Demás de esto, se ha de advertir que en este lugar la palabra hebrea no es *Melech*, con la cual se suelen nombrar los reyes comunmente, sino es *Nadib*; lo cual los setenta intérpretes, no sin misterio, en su traducción la dejaron así sin trasladalla. *Nadib* propiamente quiere decir generoso de corazón y liberal; y como nosotros en la lengua española al príncipe llamamos príncipe, porque de hecho es principal entre los demás, como lo suena la voz; entre los hebreos se llama *Nadib*, que es decir, el noble, el liberal, el de corazón generoso, porque estas son propias virtudes del príncipe, en que se ha de señalar entre todos; pues según el origen de la palabra hebrea y según su sonido, es aquí la esposa hija del noble, del generoso. Y juntando á esto ser uso muy recibido en aquella lengua que cuando quiere dar alguna virtud ó vicio, lo llama hijo de ella, como es por pacífico hijo de paz, é hijo de guerra por lo belicoso; así, según esto, ser la esposa hija de franco y generoso, es decir que lo es ella; y llámanla noble y gallarda de corazón, y así, dirá la letra: «¡Cuán lindos son tus pasos! Cuán gentiles tus piés!» ¡Con qué gracia los meneas, la del corazón gallardo y generoso! Como si dijese que en el gentil meneo de su cuerpo mostraba bien la generosidad y gallardía de su corazón, porque esta virtud más que ninguna otra se descubre en el movimiento y aire de todo el cuerpo. En la verdad del espíritu tiene gran misterio y gran verdad en llamar á todos los justos y á la Iglesia hija del noble y del franco, porque son hijos de Dios, no por haber nacido así ni por merecello por sus obras, sino por sola la franqueza y liberalidad de Dios; que puesto caso que el justo que es ya justo y hijo merece mucho más con Dios, mas esto, que es ser hijo, ninguno lo mereció por sí, y Cristo, derramando su sangre liberalmente por nosotros y haciéndonos gracia de ella, lo alcanzó para todos.

Síguese: «El cerco de tus muslos como ajorcas muy bien labradas de mano de maestro.» Y esto dice por la espesura y macicez de las piernas, que no son flojas, sino rollizas y bien hechas y redondas, en tal manera, que si hiciese un artifice una ajorca ó collar de muy perfecta redondez y se lo ciñese á las piernas, vendría muy justo y se hincharía toda la carne de ellas. Donde decimos cerco ó redondez algunos entienden conjunturas y artejos ó goznes de las rodillas donde juega el muslo; y así, trasladan: «El juego de tu muslo, etc.» No quiere decir más que lo que suena, que es la redondez de los muslos y el cuerpo de ellos, que es una maciza y rolliza hermosura y de muy gentil proporción; lo cual pusieron los setenta intérpretes con mucha propiedad y significación, diciendo en griego: *Rytmoi ton morion*; porque *rytmos* es toda buena proporción y compostura de partes entre sí. Bien se descubre sobre los vestidos el grueso y buen talle de los muslos, mayormente cuando se va de prisa y contra el aire. Mas lo que se sigue, no sé cómo las compañeras de la esposa, ni de dónde lo pudieron adivinar. Dicen:

«El tu ombligo como taza de luna que no está vacía.» Vaso de luna, es decir, hechura de luna, esto es, perfectamente redondo. *Mixtura* entiéndese de vino mezclado con agua y templado; quiere decir: Sobre estas dos hermosas columnas de tus piernas se asienta el edificio de tu persona. La primera parte de él es el ombligo y vientre tuyo, el cual está muy hermosamente proporcionado, porque no parece sino una taza tan redonda como la luna, y que esta taza está siempre llena de mixtura, que es vino aguado para beber; así, ni más ni menos, es el tu vientre redondo y bien hecho, ni flojo, ni flaco, sino lleno de virtud, que nunca le falta, y para más declarar esta loa del vientre, torna á decir:

«Tu vientre como montón de trigo rodeado de violetas;» y es muy gentil apodo este, porque el montón de trigo está por todas partes redondo y igual en redondez, que en nin-

guna parte de él hay hoyo, ni seno alguno, porque luégo los granos lo hinchen; y así, dice ser de todas partes lleno y levantado el vientre de la esposa. Por el ombligo, como por parte, entiendo el vientre que Aristóteles y Galeno llaman inferior, que es así redondo; la parte más alta, que toca en el estómago y se avecina del pecho, es de quien dice: Tu vientre como montón de trigo cercado de violetas; que es añadir hermosura á hermosura. Suben del vientre á los pechos, viniendo por su orden en la fábrica del cuerpo, y dicen:

«Tus dos tetas como dos cabritos mellizos de una cabra.» Ya dijimos arriba sobre esta comparación. Sobre los pechos se levanta el cuello; y así añaden:

«El tu cuello como torre de marfil,» que es llamarle alto, blanco, liso y bien sacado, que es todo lo bueno que ha de tener el cuello para ser hermoso. La Iglesia, como lo enseña el Apóstol, es como un cuerpo, cuya cabeza es Cristo, en la cual la diferencia de los estados y vidas hacen lo mismo que los diferentes miembros en el verdadero cuerpo. El cuello por donde se recibe el aliento y se despiden las palabras, son en la Iglesia los predicadores, que reciben el aliento del Espíritu Santo, y lo comunican por palabras á los demás; pues los tales han de ser como torre de marfil, esto es, firmes, blancos y sin mancha, ni engaño en su doctrina; que ni dejen por temor de decir rasamente lo que deben, ni escurezcan con afectados colores, con palabras enderezadas á sólo el gusto de los oyentes la sencillez y pureza de la santa doctrina y verdad no artificiosa del Evangelio. Dicen más:

«Los tus ojos estanques de Esebón junto á la puerta de Barrabín.» Vese en esto que los ojos de la esposa eran grandes, redondos y bien rasgados, llenos de sosiego y resplandor; que todas estas propiedades se muestran en un estanque lleno de agua clara y sosegada. Esebón es una ciudad fresca de Israel, la cual ganaron los hebreos á Seón, rey de los amorreos (*Números*, 21); y estos estanques que

aquí dice la letra están junto á una puerta de la dicha ciudad que se llama Barrabín, que quiere decir: hija de muchedumbre; y llamábase así porque en entrando por ella estaba luégo una plaza grande y capaz de mucha gente, que, según parece de muchos lugares de la Escritura, antiguamente las plazas y las casas de consistorio, agora están en medio de la ciudad, y entonces junto á las puertas de ella; y como era grande y capaz, su nombre de la plaza era Barrabín, que es hija de muchedumbre, porque los hebreos en su uso y manera de hablar se sirven del nombre de hijo para diversas cosas, como para decir muy sabio, dicen hijo de sabiduría, y por muy malo, hijo de maldad. Dicen luégo, loando lo demás:

«El bulto de la nariz como la torre del Líbano.» San Jerónimo y todos los demás declaran ó trasladan aquí tu nariz, y la palabra hebrea, que es *aph*, recibe el uno y el otro sentido, y quiere decir nariz, y también toda la cara y vulto, y lo que en español llamamos *faces*; y de estas dos cosas parece mejor entendamos en este lugar la postrera de ellas; porque comparar la nariz á la torre, no sé si es cosa muy conveniente; y eslo mucho si la comparación se hace al semblante de la esposa, levantado y hermoso y lleno de majestad y gallardía. Si entendemos la nariz, diremos así: La tu nariz es semejante á la torre del Líbano, que mira hacia Damasco, la cual torre estaba puesta en aquel monte tan nombrado y celebrado (*Isaias*, cap. 7) por sus frescuras, y era muy fuerte, porque servía de atalaya en las fronteras de Damasco, que era cabeza de Siria. Así dice: Está tu nariz hermosa y bien hecha, que se levanta fuera del graciosísimo rostro como aquella hermosa y fuerte torre que está asentada sobre el fresco monte del Líbano y se levanta sobre él.

«Tu cabeza sobre ti como el Carmelo.» La última parte de la persona es la cabeza, considerando desde los piés; y llamamos en este lugar cabeza al casco de ella, donde nacen los cabellos, y por esto la letra dice: La tu cabeza, que

está sobre ti; que es decir: Lo último de tu cabeza es tan hermoso y tan gentil como el monte Carmelo, que es un monte muy alto en la tierra de Israel, bien celebrado en la Escritura por haber estado en él muchas veces Elías y Eliseo, profetas. Y para denotar cuán gentil y cuán dispuesta es esta esposa, le dice que su cabeza sobrepuja á las otras, como la cumbre del monte Carmelo á los otros montes. La palabra hebrea, según aparece en su original, significa tres cosas diferentes: espiga llena, grano, y el monte sobredicho; y así, los doctores trasladan diferentemente este lugar. Y aunque en cualquiera sentido tiene propiedad la comparación, pero el que hemos dicho es el mejor y el más recibido. Añade luégo:

«La madeja de tu cabeza como púrpura, el rey atado en las regueras.» Este es lugar obscuro y dificultoso en sí, y por la variedad de los que lo trasladan y declaran. En el hebreo quiere decir maderas ó tablas delgadas y pequeñas; y de aquí significa la techumbre de algún edificio hecho de artesones, obra morisca, compuesta de muchas piezas pequeñas. También quiere decir canales de madera largas y estrechas por donde suelen guiar el agua, y según esta diferencia, trasladan los unos y los otros muy diferentemente; los primeros leen de esta manera: Tus cabellos como la púrpura ó carmesí del Rey, asida de los maderos ó artesones; que es decir que sus cabellos de la esposa en su lindeza y hermosura son semejantes á las flocaduras de seda y de carmesí de los doseles y de la tapicería real, que está colgada del techo y artesones de la casa; otros leen de esta manera: Son como la púrpura real puesta en los canales; y entienden por esto los vasos donde meten los tintoreros la seda ó grana cuando la tiñen; y porque entonces, como más nueva, así estará más lucida y de mejor lustre.

Si se mira y guarda la propiedad de la letra hebrea, ni los unos ni los otros dicen bien; porque se ha de leer así: «Los cabellos de sobre tu cabeza como púrpura;» y aquí

se ha de hacer punto. Y añade luégo: «El Rey asido y preso á las canales;» que es decir, colgado de los mismos cabellos por amor y afición; los cuales se significan aquí debajo de este nombre de canales, porque en ellas el agua cuando corre se va encrespando y haciendo unos altos y bajos muy semejantes á los largos y hermosos cabellos, que sueltos sobre los ojos, con el movimiento de la persona se ondean y toman nuevos y diferentes lustres, y hacen unas como aguas muy graciosas. Y esta letra, á más de ser la más propia, encarece mejor que otra ninguna la hermosura de los cabellos, que aquí se pretende loar; porque, demás de decir que son lindos y vistosos como púrpura, que es decir mucho, como luégo declararemos, dice que son un lazo y como una cadena en que por su inestimable belleza está preso el Rey, esto es, Salomón, su esposo. Pues siguiendo esta letra, para mejor entendimiento de la comparación, es de advertir que la púrpura antigua, de la cual agora no tenemos uso, tenía dos cosas: que era finamente bermeja, y relucía desde lejos como el carmesí que los plateros dan sobre oro y plata. Conforme á esto, asemejan aquellas dueñas el cabello de la esposa á la púrpura, porque debían ser castaños; que aunque no sea perfecto rojo, tira más á ello, que á otro color; y porque en las tierras calientes, como son las de Asia, no se estima el cabello rubio, antes á los hombres está muy bien el negro, y á las mujeres negro ó alheñado, como ellas lo suelen criar, y hoy en día lo usan las moriscas. Por eso las alaba aquí de aquel color, y más por el resplandor que daban de sí, y en esto eran muy semejantes á la púrpura; porque vemos en el color castaño y otros que se le parecen, cuando relucen son sus luces rojas; así como las luces del amarillo tiran á blanco y las del verde á negro. Pues dicente aquí á la esposa que sus cabellos son rojos un poco y relucientes como la púrpura, y que son crespos y ondeadados como canales ó regueras adonde el agua va dando vueltas. Y usan luégo de un hablar común á los enamora-

dos diciéndole: «Y en estas vueltas de tus cabellos tienes tú atado y preso al Rey, esposo y enamorado tuyo.» De los cabellos hace amor la cuerda con que los liga, que es una muy regalada y muy graciosa y amorosa loa; y concluye diciendo:

«¡Cuánto te alindaste, cuánto te enmelaste, amada, en los deleites!» Esta es una cláusula sentenciosa, que remata todo lo sobredicho, que los retóricos llaman epifonema, y va mezclada con una grande admiración, como es natural, después de haber visto y desmenuzado por palabras alguna muy buena cosa, romper el ánimo del que lo ve y trata en otro tanto espanto y admiración; pues dicen aquellas dueñas: «¿Para qué es ir particularizando tus gracias, pues es cosa que saca de juicio ver cuánto seas graciosa en todas tus cosas, tus dichos, tus obras, dulce, alindada y deleitosa, pues eres el extremo de la dulzura y lindeza? Y así fué remate de lo pasado el decir esto, que dió nuevo principio á lo poco que ya restaba de decir; y así añaden: «Es tu disposición,» esto es, tu gallardía y bien sacada estatura, «semejante á la palma;» que es árbol alto, derecho y hermoso: «Y tus pechos á los racimos.» Hase de entender de alguna vid ó parra cercada á la palma y abrazada con ella, ó que trepa por el tronco arriba, dando vueltas y encaramándose con sus sarmientos; que así como los tales racimos cuelgan y están asidos á la palma, así los dos pechos tuyos se hacen afuera, y muestran estar colgados de tu gentil estatura. Porque es natural de la belleza acodiciar así cualquiera que la conoce; y porque es común uso de las mujeres, cuando cuentan de alguna otra hermosa ó graciosa que les agrada mucho, decir: Va tal y tan linda, que quisiera llegarme á ella y dalla mil abrazos y mil besos. Siguiendo y imitando Salomón á este afecto, añade con singular gracia y propiedad las palabras que se siguen:

«Dije: Yo subiré á la palma y asiré sus racimos, y serán tus pechos como los racimos de la vid, el aliento de tu boca como el olor de las manzanas, y el tu paladar como el

vino bueno, que va á mi amor á las derechas, que hace hablar los labios de dormientes.» Son palabras que cada una de las dueñas dice por sí, en que muestran por galana manera la codicia y afición de gozalla que ponía la esposa con su hermosura en ellas, y en todas las que la veían; que es decir: «Tan dispuesta y linda eres como una palma; ¡ay quién subiese á ella hasta asirse de los sus racimos altos!» *Dije*; esto es, á mi y á cuántos te ven encendidos en tu belleza nos dice el deseo y el corazón: «¡Quién te alcanzase y gozase así, que pueda llegarse á ti, y recreándose en tus brazos y dándote mil besos, coger el fruto de tu boca y pechos!» Y así dice: «Y serían;» esto es, y son; pone el tiempo pasado por el presente; pues «y son tus pechos como racimos de vid», que es fresco, oloroso y apiñado, de gracioso y mediano bulto; «y el olor de tu boca como olor de manzanas,» que es olor por extremo suave y apacible. Ó hagamos de todo esto una razón trabada y continuada que diga de esta manera: «Linda eres como una palma, ¡ay! quiero llegarme á ella, asiréme de los sus ramos altos, y subiréme hasta la cumbre, y seránme los tus pechos como racimos de vid; alegrarme he y deleitarme he con ellos, tratándolos como unos frescos y apiñados racimos de uvas; cogeré el aliento de tu boca, más olorosa que manzanas; gustaré del gusto de tu lengua y paladar, que en el deleitar, alegrar, embriagar con dulzura y afición, vence al que el vino mejor y más gustoso da á tu amado cuando más sabor halla en él y más dulce lo siente; que bebe tanto dél, que después parla temblando los labios y desconcertadamente, como si estuviese durmiendo;» que decir esto así es llegar hasta el cabo de todo lo que puede y suele decir un deseo semejante; y esta es la sentencia. En las palabras donde se compara el paladar al vino hay alguna escuridad, porque dice así:

«El tu paladar, como vino bueno que va á mi amigo á las derechas, hace hablar con labios de dormientes.» «Que va;» es decir, cual es el que escoge ó bebe el mi amigo; que es

como decir en español mi vecino ó *Hulano* (1), palabra que no determina alguna cosa ó persona cierta, y confusamente las significa todas. Dice: «que va á las derechas,» y la palabra hebrea, que es *lemesarim*, que quiere decir derechas, se puede entender de dos maneras: la una es decir que se bebe á las derechas ó derechamente; esto es, que contenta y da gusto, y debidamente y con razón, por su bondad y excelencia; la otra es, que ir el vino á las derechas sea irse y entrarse, como decimos, de rondón, dulce y suavemente por la garganta, y de allí al cuerpo. Esta es forma de hablar usada en aquella tierra, que responde y significa lo que podemos y solemos entender en la nuestra cuando, hablando del vino, que es bueno en el gusto, y hace después de bebido sus obras, decimos que se cuela sin sentir. De esta manera de decir en el mismo propósito usa Salomón en el capítulo 23 de los *Proverbios*, diciendo: «No miréis el vino cuando se torna rojo y toma su color y va á las derechas;» como si dijese: Y se cuela sin sentir dulcemente; y con esto concierta bien lo que se sigue: «Y hace hablar los labios de los dormientes;» esto es como si dijese que, como se cuela dulcemente y hace hablar después desconcertadamente, como suelen hablar los que están vencidos del sueño, que es propiedad del bueno y suave, que se bebe como si fuese agua, y puesto después en la cabeza y hecho señor de ella y del corazón, traba la lengua y media las palabras y muda las letras, y muda todo el orden de buena pronunciación.

«Yo soy á mi amado, y su deseo á mí.» Estas palabras dice de sí la esposa propiamente; de arte que habiendo relatado al esposo las cosas que en su loór las compañeras le dijeron, vuélvese á él agora y dícele lo que entonces le respondió, lo que agora está bien decirle; que es como si dijera: Sea hermosa ó linda cual os parezco, no me entrometo en esto; esto sé: que tal cual soy, soy toda de mi

(1) Fulano.

amado, y él no desea ni ama otra cosa más que á mí; que son palabras que por la coyuntura en que se dicen, esto es, cuando parece que por ser tan soberanamente loada se pudiera desvanecer algún tanto, y volviendo sobre sí, amarse demasadamente, y juzgar que si su esposo la amaba, era cosa que se le debía; así que, por decirse en esta coyuntura, muestran y encarecen el excesivo amor que tenía á su esposo, por el cual siendo así loada, de ninguna cosa se acordó primero que de su esposo; como diciendo: Eso, y más bien que hubiera en mí, todo es de mi amado, todo se le debe, y todo lo quiero yo para él y lo tengo de él, y no hay que tratar de que yo quiera á otro, ni que piense nadie de gozar de mí, ni lo diga; que yo toda soy y seré de mi amado, y él es mío, y el que bien me quisiere, quiere á él bien, que yo no soy más de lo que él quiere que sea. Esto es según la letra; que según el entendimiento cubierto del espíritu, es el humilde reconocimiento que el alma santa tiene de que cuánto bien y cuánta riqueza posee es por Dios y para Dios; y así dice: Yo, si soy algo, por beneficio de mi amado lo soy, y el su deseo y amor que me tiene es lo que me hermosea y enriquece.

«Yo soy á mi amado, y su deseo á mí.» Tres condiciones y diferencias entendemos en el amor de dos personas: una, cuando fingen quererse bien, y no se quieren, y viven engañándose el uno al otro con palabras y demostraciones amorosas; otra, cuando una de las partes ama con verdad, y la parte amada muestra quererle responder, mas de hecho no le responde; la otra, cuando quieren y son queridos por igual grado y medida. De los primeros no hay que tratar, porque no es amor el suyo, sino fingimiento y embuste, y cual hacen, así lo pagan; y aunque entrambos hagan mal y profanen la virtud, verdad y santidad del amor, cuyo nombre usurpan y cuyas propiedades remedan estando tan lejos de sus obras, pero ninguno agravia al otro, ni tiene de qué quejarse de su compañero, porque en fingir entre sí y mentirse, ambos corren parejas.

El segundo estado, donde el que ama no es amado, es estado de amor; pero es estado infeliz y trabajoso más que ningún otro de cuántos hay bajo del cielo, porque se juntan en él culpa y pena, y son todos sus males en su más subido grado; la pena padece el que ama, y la culpa se comete de parte del que no responde á su amado. Y entenderse ha cuán grave sea cada uno de éstos males en su razón, si se advierte, primero, que el amar una persona á otra no es otra cosa sino hacer el que ama un entregamiento y una cesión de sí y de todos sus bienes en el que es amado, desposeyéndose de sí mismo, y poniendo en la posesión de esto y de toda su alma á la otra parte. Y que esto sea así está claro; porque el amor es un aplicarse y entregarse la voluntad á lo que ama; y la voluntad es la señora que manda y rige, y sola ella mueve y meneá todo lo que hay en la casa del hombre. De do se sigue que amar es darse todo, porque es dar la voluntad, que es señora de todo. Tócase esta verdad con las manos y con la experiencia, porque vemos que el que ama de veras no vive en sí, sino en lo que ama; siempre piensa en ello y habla de ello, su voluntad es la de su amado, sin saber querer otra cosa ni poder querella; que es evidente señal que no es suyo, sino ageno, entregado ya al poder y albedrío de otro, que es la regla y el señor de su querer y entender. Esto presupuesto, entiéndese, lo primero, el incomparable mal y daño que la parte desamada padece de la parte de su amado, porque se ve desposeída de sí y entregada sin remedio al poder ageno, y que el señor se levanta con la entrega villanamente, sin hacelle correspondencia ó restitución alguna. Si es pena á un rico verse despojado de su honra y hacienda, ya veis cuál y cuánto mayor será la del pobre que se ve desposeído de lo uno y de lo otro, y de sí mismo, que ve á sí mismo y á todos sus bienes en el poder ageno; y si pena más y es causa de mayor sentimiento la pena que viene sin culpa, ¿qué dolor sentirá el que de buen servicio saca mal galardón, y el que sembrando amor, coge frutos

de desdén y de aborrecimiento? Por el contrario, por los mismos pasos se entiende lo segundo, lo mucho que peca, y la gran fealdad y vileza que comete el que, siendo amado, no ama, ó no desengaña abiertamente al triste amante; porque si es culpa hurtar la capa y es pecado tiznar la fama agena, ¿qué será levantarse alevosamente con la posesión de todo, juntamente de la fama, de la hacienda, de la vida, del alma, y finalmente, de toda una persona que nació libre y se vendió á él, para comprar con este precio parte de su voluntad? Este se recoge el precio y se abraza con él y con la mercadería. Y si la verdadera caridad es noble aun con los que no conoce, y se extiende su virtud y beneficios aun hasta los malquerientes y enemigos, ¿qué palabras encarecerán la bajeza del que paga el amor con desamor, y roba la libertad del que le sirve, y se va riendo con ella, y triunfa de su mayor amigo, y da en trueco y cambio de firmeza y sencillez y claridad de buen amor un cuento ó millón de engaños y de embustes, un favor fingido y recatado, un cariciar muy disimulado, un mofar y un reir muy verdadero en volviendo las espaldas, una muestra de favor muy recatado, un enfadarse luégo de lo hecho, un agraviarse de nonada, levantar en el aire sin fundamento mil vanidades de quejas, con otros melindres y niñerías que se callan?

Así que, quien esto hace, por más principal persona y por más generosa que sea, aunque nadie se lo diga, dígaselo ella á sí, y condénese con testimonio de su conciencia, por muy baja y soez y de muy viles y torpes mañas. Porque se ha de entender que entre dos personas (aunque las demás calidades, ó que se adquieren por ejercicio, ó que vienen por caso de fortuna, ó que se nace con ellas) puede haber y hay grandes y notables diferencias, pero unidas en caso de amor y voluntad, porque esta es señora y libre; así como en todo es libre y señora, así todos en ella son iguales, sin conocer ventaja del uno al otro, por diferentes estados y condiciones que sean. Así que, mi voluntad es